

Segundo premio en castellano

Historia trágica y cruel basada en datos reales. El autor lleva a cabo una descripción minuciosa de una serie de vivencias angustiosas. A pesar de que la obra está escrita de una manera sencilla, es precisa y genera credibilidad.



FOTO ANTONIO ORTEGA

Xabier Santakiteria



LOS ESCLAVOS DEL

■ INVIERNO DE 1940. MONTAÑAS DEL RONCAL

Dos hombres avanzan inclinados haciendo frente a la ventisca. Un viento rápido y frío arroja torrentes de nieve contra sus cuerpos cansados. Caminan buscando el apoyo de los troncos grises, tambaleándose, hundiéndose en la nieve de la garganta de un hayedo. Uno de ellos se protege los ojos con la palma de la mano y mira hacia adelante; parece que arriba la pendiente es más suave y la garganta se abre. *Tal vez sea la última subida, piensa, y tal vez ya estemos en Francia.*

El hombre que ha mirado al frente se da la vuelta y observa a su compañero. Es una figura oscura y velada por densas cortinas de nieve. Lo mira durante unos instantes, señala con el dedo el final de la cuesta para darle ánimo, pero pronto abandona su gesto inútil, el hombre velado camina con los ojos fijos en el suelo. Decide seguir andando, pero más despacio, para que el otro le alcance. Sobre su cabeza las ramas de las haya chocan entre sí y arañan el cielo blanco. El viento sigue silbando y azuza enjambres de copos furiosos contra su cara. Se sacude la nieve de los hombros y el pelo. Aprieta los puños y los esconde bajo su chaqueta militar raída, apoyándolos contra la piel tibia de su vientre; son dos pedazos de hielo que lo estremecen.

El hombre que camina detrás resbala continuamente. Sus botas están destrozadas. Una de las suelas se ha desprendido desde la punta hasta el enfranque y ha tenido que sujetarla con el trozo de cuerda que era su cinturón. Las botas son grandes y no tienen cordones; sus pies ateridos bailan en ellas. Sin la ayuda de los cordones, las botas se han quedado atrás varias veces y él ha seguido un paso adelante, enterrando en la nieve un pie descalzo. Vuelve a resbalar y marca una cicatriz oscura de barro y hojas de haya en el suelo nevado.

-No podemos seguir así- Grita el hombre de las botas destrozadas a la figura borrosa que le precede.

-¿Qué?- El hombre que miraba hacia adelante no ha entendido; el viento sigue silbando y la nieve silencia todos los demás sonidos.

-Que no podemos seguir así, nos vamos a morir de frío.

-¿Y qué quieres que hagamos?- responde con furia - Mejor esto que un balazo...

El hombre de los pies helados guarda silencio.

Poco después de intercambiar estas palabras y ya juntos, alcanzan lo más alto de la pendiente. Allí comprueban angustiados que tras una breve bajada el terreno vuelve a ascender. Los dos se detienen. No se miran. No dicen nada. Están abatidos. Llevan horas luchando contra un paisaje pálido que no cambia. *Vamos a morir en estas montañas, piensa el hombre de los puños apretados contra el vientre. El cansancio se agolpa entonces en su pecho, trepa por su garganta, se escurre por sus piernas y sus brazos. Comienza a arrastrar los pies bajo la nieve. Sus puños se deshacen y sus manos cuelgan inertes a los lados de un cuerpo casi vencido. Hay que seguir andando, piensa, no puede faltar mucho, hay que seguir...*

-¡Un refugio!- grita feliz el hombre de la bota sin suela - ¡Un refugio, aquí mismo!

El hombre casi vencido alza la vista y comprueba con alivio que es cierto. Muy cerca, apoyado contra el tronco inmenso y retorcido de un haya, se adivina un pequeño refugio de piedra, casi oculto bajo la nieve. Se acercan hasta él pero antes de entrar discuten un momento, deciden que no encenderán fuego y que sólo descansarán unas horas. Empujan la puerta de madera envejecida y húmeda, se sacuden la nieve lo mejor que pueden y entran.



PIRINEO

■ PRIMAVERA DE 2004. BILBAO

Conserva una agenda que ha envejecido en sus manos. La guarda en una caja con un poco de naftalina. Las polillas nunca han comido papel, pero quién sabe, hay que estar siempre atento y mantener a raya al enemigo. La agenda ha sobrevivido a muchas cosas; a la lluvia y al barro, a los registros de los escoltas y también a los trueques, porque una agenda como aquélla, de buen papel y cubiertas de cuero, podría haberla cambiado por un trozo de pan cuando el hambre le arañaba las tripas. Pero no lo hizo y la agenda ha sobrevivido durante sesenta años. En sus páginas guarda las palabras de entonces, de cuando era un preso en el Roncal, en el Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores número 38.

De vez en cuando la relee, para no olvidar nada de lo que pasó. No quiere olvidar los nombres de quienes sufrieron con él. Él sabe que la historia la han escrito los vencedores, pero también sabe que la memoria es patrimonio de los supervivientes. Mientras él tenga cabeza no olvidará a sus compañeros. Y antes de morir les dará la agenda a sus nietas, para que ellas conserven su pequeña memoria de papel.

Hoy van a hacerles un homenaje en la carretera que construyeron en el Pirineo, entre Igal y Vidangoz. Allí estuvieron trabajando dos mil presos republicanos como él. Las chicas que le entrevistaron hace unos meses sobre todo aquello, le han dicho que el homenaje será en el alto de Igal, en la carretera, junto a uno de los tramos que más trabajo les costó abrir. Ellas lo organizan todo, así que él sólo tiene que decir unas palabras por un micrófono.

Se mira en el espejo y se ve guapo con la chaqueta nueva. *No está mal para mis 87 años*, piensa. Comprueba que tiene la agenda bien segura en el bolsillo interior de la

chaqueta, coge el bastón y baja al portal a esperar a la hija y a las nietas, que lo llevarán hasta el homenaje. Faltan veinte minutos para las diez, pero no importa, esperará un poco en la calle.

Mientras espera, repasa lo que dirá. *Empezaré contando las palizas y los castigos... pero quizás sea más correcto empezar dando las gracias por este homenaje que rompe el silencio de tantos años. Hablaré también de la dignidad de los presos. Les contaré cómo nos acercábamos despacio a la comida que nos traían los soldados, muy despacio, aunque no hubiera suficiente para todos, aunque nos estuviéramos muriendo de hambre. Les diré que siempre hay maneras de comportarse dignamente. Y les contaré también la fuga de aquellos dos presos. Cómo se escaparon montaña arriba, en plena tormenta y en invierno. Y cómo les siguieron los pasos. La gente tiene que saber.*

■ INVIERNO DE 1940. MONTAÑAS DEL RONCAL

Muy cerca de allí los cinco escoltas les siguen los pasos. Es un trabajo sencillo; pese al viento y la nieve que no cesa de caer, las huellas de los huidos están marcadas con nitidez y uno de los dos presos está resbalando continuamente, dejando marcas oscuras como estelas de su paso. Además, los presos se han confundido, huyen paralelos a la frontera con Francia, así que no van a ninguna parte. Es cuestión de tiempo. Son dos hombres hambrientos y agotados contra cinco soldados bien comidos, con buenas botas y capotes de abrigo. Y fusiles Mauser alemanes con munición.

Los escoltas avanzan en fila y a buen ritmo, aprovechando la huella abierta por los presos. Son cinco figuras casi idénticas, con los capotes blanqueados por la nieve y las manos sobre el metal helado de los fusiles. Hay que matarlos en cuanto sean encontrados. Esa es la orden.

En lo más alto de una pendiente el primer soldado de la fila se detiene para colocarse mejor el capote. Empieza a hacer frío. Entonces repara en un pequeño refugio de piedra, recostado contra un árbol enorme. Las huellas de los fugitivos llegan hasta su puerta y no salen de ella. Están allí. Avisa al resto de los soldados señalando las huellas, el árbol y la casucha de piedra con la boca del fusil. Los escoltas comienzan a rodear despacio el refugio, sin hacer ruido. De todas formas la ventisca impedirá que sean descubiertos. Cuando todos han tomado posiciones, dos de ellos abren la puerta golpeándola con la culata de los Mauser y entran en el refugio. En un hayedo de las montañas del Roncal se oye un grito quebrado por cuatro detonaciones sordas.

Algo de información sobre los sucesos narrados en este cuento, interpretación libre de hechos reales:

Fragmento del manifiesto en homenaje a los esclavos del franquismo. (Asociación Memoriaren Bideak)

2.000 prisioneros de Cataluña, Andalucía, País Vasco, Galicia, La Mancha, Valencia y Extremadura construyeron la carretera que une Igal y Vidangoz. Trabajaron como esclavos en los Batallones de Trabajadores nº 106 y 127 y en los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores nº 6 y 38, entre 1939 y 1941. Estos prisioneros, casi en su totalidad combatientes republicanos represaliados, excavaron la caja por la que transcurre la actual carretera entre Vidangoz e Igal, y también parte de la que debía unir Vidangoz y Roncal, trayecto este último que quedó finalmente abandonado.

Se sabrá a comienzos de 2005 □